

IGLESIA Y REPÚBLICA LIBERAL EN BUENOS AIRES DE
MEDIADOS DEL SIGLO XIX.
*EL NACIONAL Y LA RELIGIÓN: DUELO DE PLUMAS EN
TORNO A LA MEMORIA DE SATURNINO SEGUROLA,
1776-1854*

Virginia Cuccia*

Resumen

Dos periódicos paradigmáticos de posiciones encontradas respecto al lugar de la Iglesia en el espectro político de la última mitad del siglo XIX –“*El Nacional*” y “*La Religión*”- coincidieron a la hora de reivindicar la memoria de Saturnino Segurola, publicando sendos obituarios a los pocos días de su muerte. El análisis de ambas loas fúnebres soslaya el marco transitado por la historiografía habitual, haciendo de fuentes no convencionales un medio para examinar argumentos poco explorados en las discrepancias y acuerdos que sostuvieron la polémica.

Palabras Clave: Bartolomé Mitre, Federico Aneiros, “*El Nacional*”, “*La Religión*”, Secularización, Saturnino Segurola.

Abstract

Two paradigmatic newspapers of confronted positions towards the place of the church in the political spectre during the last half of the nineteen century –“*El Nacional*” y “*La Religión*” - were in agreement when vindicating Saturnino Segurola’s memory, publishing two obituaries some days after his demise. The analysis of these two funerary praises avoids the traditional historiography framework, making non-conventional sources a means to examine little known arguments in the discrepancies and agreements that sustained the dispute.

Key Words: Bartolomé Mitre, Federico Aneiros, “*El Nacional*”, “*La Religión*”, Secularization, Saturnino Segurola.

* Universidad del Salvador, Rodríguez Peña 670, C 1020 ADN, Buenos Aires. Correo-e: virginia.cuccia@salvador.edu.ar

Introducción

El 23 de abril de 1854 falleció en Buenos Aires el Canónigo Dr. Saturnino Segurola.¹ Dado el destacado carácter público del difunto eclesiástico, “*El Nacional*” publicó el 25 de abril una Necrología, sin firma pero atribuible al por entonces editorialista del periódico y posteriormente presidente, Gral. Bartolomé Mitre.² Así por lo menos lo entendieron, entre otros, tanto José Luis Molinari como Ludovico García de Loydi, quienes supieron adjudicarle la autoría del artículo en cuestión.³ Lo cierto es que, según James Scobie, Bartolomé Mitre se desempeñaba como editorialista del diario desde Octubre de 1853, de modo que si bien pudo no ser estrictamente el redactor del artículo en cuestión, evidentemente comulgaba con su contenido.⁴ Por otra parte, a efectos de este análisis, baste con advertir que, dada su responsabilidad en la línea editorial, la publicación del obituario tuvo que contar con su conocimiento, revisión y aprobación.

Algunas semanas después, el 6 de mayo, otro periódico -ideológicamente opuesto al anterior-, “*La Religión. Periódico Teológico Social*” publicó un nuevo obituario sobre el sacerdote fallecido, rubricado por el clérigo Federico Aneiros, posteriormente Arzobispo de Buenos Aires.⁵

Ambos periódicos, “*El Nacional*” y “*La Religión*”, se habían constituido en referentes paradigmáticos de posiciones encontradas: el primero, de la prensa liberal que pugnaba por el alejamiento de la Iglesia de la vida política; el segundo, de un catolicismo

¹ La carrera pública del personaje fallecido se había iniciado hacia 1805 con el compromiso de propagar la vacuna antivariólica en el Río de la Plata; responsabilidad que asumió y pudo llevar a cabo, haciendo valer su condición de Teniente Cura de la parroquia del Socorro. Comenzó así a combinar sus obligaciones eclesiásticas y políticas con otras más cercanas a las responsabilidades de un funcionario público. A su trayectoria se sumaron luego diferentes cargos: organizador de la Biblioteca Pública, director, y segundo bibliotecario; representante en la Asamblea de 1812; Director de la Vacuna; Capellán de la Casa de Expósitos -de la cual, ya en tiempos del Directorio, asumió como Director desde 1817 hasta 1819 y nuevamente desde 1827 hasta 1838-; tuvo asimismo asiento en el Cabildo con voz y voto en asuntos de Beneficencia Pública y posteriormente fue miembro de la Sala de Representantes; fue también Director e Inspector de Escuelas; Canónigo de la Catedral de Buenos Aires; Administrador Tesorero de las obras de la Catedral y llegó a ocupar en el Senado del Clero, el cargo de Primera Dignidad. Véase Ludovico García de Loydi, *Canónigo Doctor Saturnino Segurola (1776-1854). Un verdadero Patriota*, Buenos Aires, Braga, 1994.

² “Necrología. Dr. D. Saturnino Segurola”, en *El Nacional*, 25 de abril de 1854.

³ José Luis Molinari, “Introducción de la vacuna en Buenos Aires”, en *Apartado de la Revista Azul*, *Azul*, Nov- Dic 1930, p. 17. Ludovico García de Loydi, op. cit., p. 6.

⁴ Véase James R Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad. 1852-1862*, Buenos Aires, Hachette, 1964, p. 126; Miguel Angel de Marco, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Educa, 2006.

⁵ Federico Aneiros, “El canónigo PDR D. Saturnino Segurola”, *La Religión. Periódico teológico social*, Buenos Aires, 6 de mayo de 1854. Federico Aneiros junto con el Fraile dominico Olegario Correa, publicaron a partir del 1 de octubre de 1853 el semanario *La Religión. Periódico teológico-social*, que aparecía los sábados. Véase Héctor José Tanzi, *Monseñor Aneiros, Arzobispo de Buenos Aires, y la Iglesia de su tiempo, 1826-1894*, Buenos Aires, Junta de Historia Eclesiástica, 2003, p. 15.

que se visualizaba a sí mismo como amenazado por el proceso de secularización en marcha.⁶ A modo de ejemplo, cabe recordar la polémica desatada, a fines de octubre de 1853, entre ambos periódicos sobre cuestiones cruciales como la libertad de cultos, las sepulturas cristianas, los libros prohibidos, los matrimonios mixtos, etc.⁷ Pero, paradójicamente, en los artículos del 25 de abril y 6 de mayo de 1854, ambos periódicos exaltaron la figura del personaje fallecido y, aunque supuestamente enfrentados en cuanto al lugar de la Iglesia, pudieron construir, a partir del mismo referente, la imagen de un personaje ejemplar funcional a ambos.

El interés de ambos periódicos por la reconstrucción de la vida pública de Segurola, plasmada en sendos obituarios, se explica en virtud de que la muerte del sacerdote se produjo dos años después de Caseros, en pleno debate sobre la constitución de un Estado Nacional. Este contexto les permitió a las publicaciones emplear la trayectoria del clérigo como pretexto para posicionarse ideológicamente respecto al lugar que ocuparía la Iglesia en ese nuevo escenario, trasladando a unas loas fúnebres una contienda que en realidad se dirimía, entre otros escenarios, también en los periódicos, pero en forma más explícita, bajo otras formas de prosa.

No es un dato menor acerca de los artículos en cuestión que sus autores, Mitre y Aneiros, hayan pasado a la historia como personajes paradigmáticos y antagónicos de la tensión suscitada en aquellos años entre la Iglesia y el gobierno; encarnando, dos maneras diferentes de concebir las relaciones entre el Estado Nacional que se estaba fraguando y la Iglesia Católica también en proceso de constitución: el futuro presidente, como un decidido defensor de las prerrogativas del poder civil, interesado en el desplazamiento de la Iglesia de cuestiones que en adelante serían de injerencia privativamente del poder temporal; el clérigo, como un inagotable batallador contra un gobierno desafiante.⁸

Este conflicto, en última instancia, remite al proceso de secularización -que comenzó tímidamente en el Río de la Plata a fines del siglo XVIII y que para fines del XIX llegaría a uno de sus puntos más álgidos-, entendiendo dicho proceso como la paulatina diferenciación y constitución de la Iglesia, sociedad y política en entidades autónomas.⁹

Por lo expuesto, este trabajo se inserta en el marco de las disputas preseñaladas, las cuales actúan como indicadores del momento que atraviesa el proceso de secularización antes descrito, a fin de develar las ideas en las que se sustentaron ambas posiciones, de los posibles recortes doctrinarios sobre los cuales edificaron una imagen de la Iglesia a la

⁶ Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina*, Buenos Aires, Mondadori, 2000, pp. 280-281.

⁷ Héctor José Tanzi, op. cit., p. 15. Es más, según Juan Carlos Zuretti, una de las razones que obraron en la creación del periódico fue el conformar una tribuna a partir de la cual los católicos porteños pudieran fundamentar su protesta a los principios liberales y regalistas contenidos en la Constitución de 1853. Juan Carlos Zuretti, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, Itinerarium, 1972, p. 285.

⁸ La Iglesia como institución, capaz de fijar discrecionalmente las pautas que regulan su vida interna y sus relaciones con otras instituciones, es el resultado de un largo proceso que ocupa el siglo XIX y buena parte del XX. Véase Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, op. cit.; Roberto Di Stefano, "Pastores de Rústicos rebaños. Cura de almas y mundo rural en la cultura ilustrada rioplatense", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, n° 22, 2° semestre de 2000; Roberto Di Stefano, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la Mouraquía Católica a la República Rosista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.; etc.

⁹ Esta acepción del término secularización ha sido tomada del libro de Roberto Di Stefano, *El púlpito...*, op. cit.

que aspiraban, en particular de los clérigos que debían gobernarla, de las virtudes que debían practicar los hombres de bien en la sociedad de sus anhelos y de las relaciones que debían establecerse entre el poder religioso y el poder político.

En cuanto a las fuentes analizadas, se entendió a la necrología como una expresión más de la retórica de la muerte; un género biográfico casi en todos los casos enaltecedor del difunto. Entre los objetivos propuestos no se encontró el discernir entre alusiones fehacientes, exageradas u erradas sobre la existencia del clérigo; tan solo se analizó la construcción de su memoria en sendos obituarios. Pero su reconocimiento inicial supone una crítica no explícita a lo largo del trabajo, a cierta recreación historiográfica de la figura de Saturnino Segurola, que ha tomado sendos obituarios como fuentes fidedignas, y no como construcciones artificiales en pos de sustentar posiciones ideológicas y políticas.¹⁰

La edificación de semblanzas post-mortem, de esta naturaleza, comenzó a ser difundida en la prensa hacia el siglo XIX, coincidiendo no solo con un proceso de constitución de identidades nacionales, sino también con una serie de cambios más profundos en los modos de descifrar el entorno que dialogan con la secularización. Así el deseo primordial de Antiguo Régimen por la glorificación del alma fue siendo sustituido por la exaltación de las acciones cívicas, en particular los servicios a la patria y al prójimo, a la vez que la nota periodística ganaba como instrumento pedagógico cívico en un momento de proliferación de periódicos y expansión del público lector porteño.¹¹

Desde luego, el análisis de estos obituarios no podría obviar la pregunta de por qué Saturnino Segurola se transformaba en prenda de unión de factores de poder encontrados, bajo qué aspectos y cómo, tras el aparente acuerdo y primera construcción de la memoria del personaje fallecido, pueden develarse posiciones contrapuestas.

Para abordar el tema, primero se indagó en la construcción ejemplar que los autores de las loas emplearon para elaborar pedagógicamente modelos de comportamiento funcionales a ambas causas, a través de la primera reconstrucción pública y escrita de la vida del sacerdote fallecido. En segundo término, se revisó el lugar que *"El Nacional"* y *"La Religión"* asignaban a la Iglesia en la sociedad finisecular.

¹⁰ Nos referimos ante todo a la biografía más completa que existe sobre el sacerdote: Ludovico García de Loydi, op. cit. Véase también Osvaldo Loudet, "Saturnino Segurola", *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Buenos Aires, vol. 45, segundo semestre de 1967. Julián A. Vilardi, "Saturnino Segurola. Patriotismo-Ciencia-Cultura-Generosidad", *Archivium*, Buenos Aires, enero- dic 1961, Tomo V.

¹¹ Juana Martínez Villa, "Sobre héroes y tumbas". La rotunda de Michoacanos ilustres y la edificación de ideales cívicos durante el porfiriato", *La Gaveta de la memoria*, revista electrónica de la Fac. de Historia, UMSNH. Disponible en: cch.hisotria.umich.mx/revista/ol/art.05.html. Véase también Eulalio Ferrer, *El lenguaje de la inmortalidad*, México D. F., FCE, 2003. Sobre la proliferación de periódicos y la expansión del público lector porteño véase: Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y editores", en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, Tomo IV.

Un ciudadano ejemplar junto a una Iglesia en retirada según “El Nacional”

El héroe como ciudadano

*El culto al héroe no muere nunca,
ni es posible que muera.*¹²

Si hasta el momento de su muerte, Saturnino Segurola -como se consignó- había sido un clérigo con una destacada actuación pública, apenas dos días después de su fallecimiento esa inobjetable cualidad se amplificaba repentinamente cobrando visos monumentales, al punto de ser entronado por “El Nacional” como una suerte de paradigma de héroe nacional y modelo de emulación ciudadana:

“El es digno de los homenajes de todo un pueblo, y merece las lágrimas de la generación presente y las bendiciones de la posteridad... donde hubiese existido un hombre como el que acabamos de perder el pueblo agradecido a sus beneficios le levantaría estatuas”.

Para el periódico liberal, su biografía se consideraba “entre las mas notables y mas dignas de imitarse”, llegando incluso en sus líneas a exhortar una celosa veneración cívica en sus lectores: “El Sr. Segurola se recomienda por muchos títulos a la alta estimación de sus conciudadanos”.

De este modo, la “Necrología” analizada, procuraba nominar al fallecido para la galería de héroes nacionales. El obituario de “El Nacional” pareciera esgrimir una de las directrices románticas trazadas por Esteban Echeverría en su “Dogma Socialista: Ojeada Retrospectiva”: escribir la biografía de los grandes hombres públicos, los cuales debían ser elegidos por una serie de caracteres de su personalidad.¹³ Muchos años después de haber redactado este obituario, Mitre dejó constancia de la importancia que tenía para él la reconstrucción de los grandes hombres, en tanto su conocimiento permitía la pervivencia del temple de los antepasados y por ende vigorizaba la posibilidad de continuidad en una línea de conducta ejemplar.¹⁴ Idea que quedó plasmada en el obituario a través del uso del presente atemporal:

“el Dr. Segurola fue uno de aquellos apóstoles del progreso humano, que consagran su vida al bien del prójimo con la sublime abnegación de la caridad evangélica, que no se desalientan por los obstáculos, que marchan a su objeto poseídos de una sola idea”.

¹² Thomas Carlyle [1841], *Los Héroes*, Buenos Aires, Perlado, 1941, p. 135.

¹³ “Determinar los caracteres de la verdadera gloria y qué es lo que constituye el grande hombre para poner en balanza en ese crisol la reputación de nuestros hombres públicos, y colocarlos en el lugar que les toca. Escribir la biografía de los que deban merecer honra y respeto de la posteridad”. Esteban Echeverría, “Dogma Socialista: Ojeada retrospectiva”, en Esteban Echeverría, *La cautiva. El matadero. Ojeada retrospectiva*, Buenos Aires, CEAL, 1979, p. 98.

¹⁴ “Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia incorporadas al organismo de las generaciones nuevas, que animadas por ellas siguen adelante con varonil aliento, vigorizando su acción”. “Discurso a la manifestación popular pronunciado el 26 de junio de 1901”, en (1821-1906) Bartolomé Mitre. *Un siglo de vigencia.*, La Nación, 12 de enero de 2006, p. 38.

Siguiendo entonces las recomendaciones de Echeverría cabría releer el fragmento anterior bajo la siguiente consigna: ¿Cuáles eran los “*caracteres de verdadera gloria*” por los cuales Segurola merecía “*honra y respeto de la posteridad*”.¹⁵

El progreso era para los románticos el conjuro por el cual se resolvería el problema fundamental de la nación Argentina.¹⁶ Según Myers, ese credo en el progreso como valor universal y su puesta en práctica, a partir de la voluntad de individuos capaces de torcer el curso de la historia, debía su origen a la fuerte base ilustrada de los miembros del movimiento, el cual se había desarrollado en diálogo con la corriente de ideas precedente - la Ilustración- y a su vez se iría nutriendo del liberalismo, en el que abrevaron muchos de sus miembros luego de 1848. En el caso particular de Mitre, la experiencia intelectual de su juventud sirvió para templar su liberalismo, con una buena dosis de republicanism. Myers incluso destaca que en los años posteriores a Caseros buena parte de los escritores de la primera generación romántica prefirieron identificarse como “*publicistas y políticos liberales*”; y Mitre fue uno de ellos.¹⁷

La causa del progreso era también uno de los estandartes mayores del Partido de la Libertad, liderado por el autor del artículo de “*El Nacional*” y en la loa fúnebre Segurola aparecía como uno de sus máximos cultores: “*ha dado el último aliento este infatigable trabajador del progreso de nuestra patria, a quien solo la muerte ha podido hacer desertar su puesto en la labor común*”. De este modo, la “*Necrología*” buscaba una aparente identificación en la labor del clérigo, vindicando y comprobando históricamente la antigüedad de la causa.¹⁸

En su ansia por inventar un pasado para el liberalismo naciente, “*El Nacional*” descubrió en Segurola un antecesor posible y aceptable. Este proceso de invención de un pasado contó con un auditorio bien dispuesto en la sociedad porteña, la cual, según Tulio Halperín Donghi, necesitaba “*urgentemente ella misma inventarse un pasado menos objetable que el cuarto de siglo de identificación con la empresa política de Rosas*”.¹⁹ En ese proceso cosmético de memoria colectiva, que mucho debe a Mitre, Segurola se postuló como uno de sus héroes, capaz de mantenerse incólume en sus ideales, que no eran otros, en el recorte del periódico liberal, que los del progreso de la patria. En sintonía con este criterio, Tomás Carlyle -escritor romántico escocés, uno de los más reconocidos responsables del mito de los grandes hombres, referente obligado de la historiografía del siglo XIX y uno de los autores dilectos de Mitre- había escrito que para hacer un héroe se necesitaba “*un alma creada por Dios que se mantenga fiel a su origen*”.²⁰

Según el obituario liberal, Segurola había consagrado su vida a este objetivo cívico, el progreso, como un apóstol, instituyendo una analogía con el quehacer religioso.

¹⁵ Esteban Echeverría, *La cautiva...*, op. cit., p. 98.

¹⁶ “*El problema fundamental de la nación Argentina, fue puesto en Mayo: la condición para resolverlo en tiempo, es el progreso*”. Ibidem, p. 136.

¹⁷ Jorge Myers, “La revolución de las ideas: la generación de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, Tomo III.

¹⁸ “*Al mantener su identificación intransigente con la causa del progreso- viene a asegurarnos Mitre- el Partido de la Libertad no hará sino reflejar lo que la sociedad porteña mantiene, desde su origen mismo, con esa causa*”. Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una Nación*, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 51.

¹⁹ Ibidem, p. 50.

²⁰ Tomás Carlyle, op. cit., p. 154.

La virtud republicana de sublimación de los intereses comunes fue equiparada en consonancia con lo anterior, con “*la sublime abnegación de la caridad evangélica*”. Hasta tal punto parece haber buscado el periódico liberal, en su afán de pedagogo cívico, la homologación en el tipo de responsabilidad que suponía la República con la religión, que el listado de cualidades necesarias –“*Perseverante, modesto, desinteresado y virtuoso*”– para la consumación del ideal político resultan ser las mismas que las enseñadas a los eclesiásticos en los seminarios.²¹ Así se procuraba mediante la apropiación de términos de fuerte connotación cristiana imprimir al compromiso republicano una devoción semejante a la establecida entre Dios y sus interlocutores terrenales.

Mitre, a través del uso de cierto recurso estilístico –y precavido de su connotación semántica–, hizo de las actividades del fallecido, tareas propias de un héroe:

“La muerte del Dr .Segurola no es un hecho comun, asi como su vida, consagrada toda ella al bien de sus semejantes.... luchando por más de veinte años contra la preocupación y la indolencia... El fue el que organizo y sostuvo una parte de la beneficencia pública... a su costa sostuvo la Casa de Expósitos de Buenos Aires cuando el tirano los dejaba perecer de hambre y desnudez, él en fin, el que después de abandonado por la tiranía aquel establecimiento piadoso estendió su mano protectora a los desvalidos. El es el que en el curso de su vida se ha ocupado de reunir con perseverante afan todos los monumentos de nuestra historia, formando la mas rica coleccion de manuscritos que existen en el pais, y que con la mayor generosidad ha tenido siempre á disposicion de los literatos que han necesitado consultarlos, y que él reservaba como una herencia para su patria”.

La figura del héroe que convencido de su misión redentora no abandona la lucha a pesar de los obstáculos, puede bien hacerse extensible a buena parte de los autores considerados románticos, e incluso al citado Carlyle.²²

Como se advierte, también Segurola fue presentado por el obituario liberal como un héroe en su combate por la beneficencia y la erudición. El periódico utilizó reiteradamente el término beneficencia en lugar de caridad, palabra que sólo se menciona una vez, con la intención antes señalada de proponer un fervor cívico de estilo religioso.

Fue durante el siglo XIX cuando la palabra caridad empieza a ser sustituida por otras consideradas más cercanas al ideario republicano liberal: beneficencia o filantropía, que carentes de la fuerte connotación teológica explicaban mejor la nueva sensibilidad que movía a la práctica de la ayuda.²³ Se había trastocado el fin último: Dios había sido sustituido por una forma de organización política que garantizaba su existencia en buena medida gracias a la armonía social, afán que para su realización necesitaba sin más de la ayuda de unos a otros.

Hoy en día los manuscritos de Saturnino Segurola, se encuentran en el Archivo General de la Nación, ordenados en treinta y nueve legajos, cada uno de los cuales versa sobre diferentes cuestiones que interesaron al clérigo, siendo sólo algunos estrictas transcripciones de documentos y otras anotaciones sobre un sinfín de temas que llamaron la atención del erudito sacerdote. “*El Nacional*” en su obituario lo presentó como un coleccionista de “*monumentos*” históricos, pudiendo remitir la utilización del término

²¹ Véase Philippe Boutry, “El cura”, en Francois Furet y otros, **El hombre Romántico**, Madrid, Alianza, 1997.

²² Véase Raymond Williams, **Cultura y Sociedad**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, p. 78.

²³ Véase Elba Luna, Elida Ceconi (coords.), **De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1900**, Buenos Aires, 2002; Bronislaw Geremek, **La piedad y la horca. Historia de la miseria y de la caridad en Europa**, Madrid, Alianza, 1986.

monumento como sinónimo de fuente a un afán científicista dependiente de las corrientes historiográficas positivistas vigentes en el siglo XIX.²⁴

Pero el manuscrito entendido como "*monumento*", conlleva también un carácter fundante que se relaciona con las "*estatuas*" que el pueblo agradecido levantaría a su héroe. Así Segurolo puede ser interpretado como anticipo y confirmación de la misión ideológica providencial encargada a los románticos: definir una nueva identidad nacional, para lo cual era indispensable alcanzar un conocimiento adecuado del pasado del país.²⁵

Según Natalio Botana, Mitre entendía la historia como un racimo de puntos de partida que convergían hacia una meta, en este caso particular Segurolo era transformado en uno de los puntos de partida y como tal el obituario republicano liberal lo erigía en héroe y presentaba el resultado de la afición del sacerdote fallecido como una hazaña.²⁶

La construcción heroica del personaje, como ya se puntualizó, pareciera tributaria de Tomás Carlyle. Salvo que el escritor escocés en su "*Conferencia IV: El héroe como sacerdote*", postuló al sacerdote guerrero y batallador de la reforma protestante, lo cual construye un abismo con el pacifismo exaltado por "*El Nacional*".²⁷

El periódico liberal republicano sólo hace referencia en dos oportunidades a situaciones conflictivas, pero para subrayar una actitud conciliadora: "*que en medio de los dolores públicos vierten el bálsamo del consuelo*" y "*que a su costa sostuvo la Casa de Expósitos de Buenos Aires cuando el tirano los dejaba perecer de hambre y desnudez*". Teniendo en cuenta que los últimos cincuenta años habían estado signados por las turbulencias políticas, que de una manera u otra habían arrastrado a todos, resulta llamativa la ausencia de referencias a estas cuestiones. Pero justamente Mitre -obsesionado por la unión y la paz de su patria, preocupación que sirvió de guía a toda su producción histórica- lograba mediante el artificio de las palabras presentar un ejemplo de hombre público que se mantuvo trabajando por su ideal, "*el progreso de nuestra patria*", sin involucrarse en las desavenencias políticas. Segurolo no fue el único al que Mitre exaltó por haber podido superar los enconos políticos; la muerte del Gral. Lavalle y del Dr. Adolfo Alsina también fueron consideradas un momento propicio para elevarlos a un pasado de gloria depurado de todo asunto ríspido.²⁸ El cauteloso distanciamiento de la política se convertía para Mitre

²⁴ A fines de diciembre de 1854, los familiares de Saturnino Segurolo donaron al Estado sus colecciones, que hoy pueden consultarse en el Fondo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, existentes en el Archivo General de la Nación. Véase Julián A. Vilardi, op. cit., p. 250. Su biblioteca, según cuenta García de Loydi, fue subastada y adquirida por el Dr. Andrés Lamas y el general Bartolomé Mitre. Véase Ludovico García de Loydi, op. cit., p. 42.

²⁵ "*Toda su obra, en cualquier género, acerca de cualquier tema, debía estar necesariamente supeditada a las necesidades que imponía un país nuevo, cuya tarea primordial era alcanzar un conocimiento adecuado de su propia realidad, para así poder definir su identidad nacional*". Jorge Myers, "La revolución de las ideas: la generación de 1837 en la cultura y en la política argentinas"..., op. cit., p. 384.

²⁶ Natalio Botana, "Bartolomé Mitre. El historiador", en (1821-1906) *Bartolomé Mitre*..., op. cit., p. 32.

²⁷ Tomás Carlyle, op. cit., p. 124.

²⁸ "*Mártir de la libertad del Río de la Plata, un pueblo libre y agradecido viene a depositar sobre sus restos inanimados la corona del martirio. Hombre de principios, superiores a los brutales enconos de las luchas, todos los hermanos pueden abrazarse en torno de su sepulcro*". Discurso pronunciado en las exequias de Lavalle, el 20 de enero de 1861, en María Gowland, "Bartolomé Mitre. El Bibliógrafo", en (1821-1906) *Bartolomé Mitre*..., op. cit., pp. 42-45. Oración de despedida a Valentín Alsina, pronunciada en nombre del Senado Argentino el 7 de septiembre de 1869: "*que ha cruzado sin odios este mundo de odios*", *Ibidem*, p. 46. Véase también María Sáenz Quesada, "Bartolomé Mitre. El Hombre", en *Ibidem*., p. 11. Más significativo resulta que fue en los primeros meses de 1854 que Mitre publicó en "*El Nacional*" una serie de anuncios para

en una acción ejemplar, impersonal, propia de los héroes.²⁹

Para cuando fue publicado el obituario, la necesidad de encontrar un ejemplo conciliador era apremiante a raíz de la situación política. En 1854 el problema del resurgimiento de las luchas facciosas, que muchos habían imaginado muertas en Caseros, estaba a la orden del día, pues a estas querellas se les atribuía la responsabilidad por el retraso del ansiado progreso. Ya Tulio Halperín Donghi recordó el interés de Sarmiento por abrir los ojos de Alberdi, y contemplar esa realidad insoslayable para el sanjuanino: “no hay en la Argentina una autoridad irrecusable, hay de nuevo bandos rivales en un combate que se ha reabierto”.³⁰

Presumiblemente compartiendo la apreciación anterior “*El Nacional*” leyó la actuación pública de Segurola como un ejemplo de superación en el pasado de los viejos dilemas, que también Alberdi y Sarmiento habían diagnosticado como el virus que entorpecía el avance del progreso.³¹ El interés por encontrar en el pasado un ejemplo del modelo de ciudadano al que se aspiraba no se basaba sólo en el cometido pedagógico de presentar una historia *maestra de vida*, emulando a los antiguos, sino primordialmente de inventar un pasado para sus afanes. Y ese proceso de invención supuso la omisión de algunos tramos de la carrera política del fallecido en lugares privilegiados para dirimir intereses facciosos: Representante en la Asamblea Constituyente del año XII, asiento en el Cabildo con voz y voto en asuntos de Beneficencia Pública y posteriormente miembro de la Sala de Representantes.³²

Lo cierto es que no se trató del único *olvido* del periódico: la carrera eclesiástica del personaje –desde Teniente Cura de la Parroquia del Socorro hasta Canónigo de la Catedral de Buenos Aires– tampoco aparece. Se podría conjeturar que para el redactor del obituario, no era funcional su evocación o al menos no fue considerada trascendente. Más sugestiva resulta la omisión pues, en realidad, las mencionadas tareas benéficas resaltadas por el periódico habían sido llevadas a cabo por Segurola en estrecha relación con sus ocupaciones más estrictamente eclesiásticas: la propagación y conservación de la vacuna fue atendida durante varios años desde la Parroquia del Socorro, espacio donde Segurola se desempeñó como Teniente Cura y sus compromisos con la Casa de Expósitos comenzaron

recaudar fondos para repatriar los restos del gral. Lavalle, al cual habría reconocido años después el mismo tipo de acciones arquetípicas que a Segurola. Miguel Angel de Marco, *Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 167.

²⁹ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 51-52.

³⁰ Tulio Halperín Donghi, op. cit., p. 42.

³¹ “*Ya que Caseros no ha creado ese sólido centro de autoridad puesto al servicio del progreso -viene a decir Alberdi- ha dejado en sustancia las cosas como estaban. Toda una literatura facciosa, servida en porciones rebosantes por la prensa diaria, parece sugerir en efecto que el nuevo país vive prisionero de sus viejos dilemas*”. Ibidem, p. 42.

³² Es elegido para representante de la Asamblea Constituyente de 1812 el 3 de abril de 1812. Elección de los miembros de la Asamblea Provisional, en *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Serie IV, Tomo V (1812-1813), Buenos Aires, Kraft, 1928, p. 159. En el cabildo el 21 de noviembre de 1817, en *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Serie IV, Tomo VII, 1816 y 1817, Buenos Aires, Kraft, 1930. Por lo menos habría sido miembro de la Sala de Representantes durante 1821 y 1828. Véase Emilio Ravnigani, *Asambleas Constituyentes Argentinas seguidas de los textos constitucionales, legislativos y Pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación*. Tomo I (1813-1833), Buenos Aires, Inst. de Investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y letras de la UBA, 1937.

con su designación como Capellán de la Casa.³³ Ahora bien, el periódico, no sólo evitó las referencias a sus funciones como sacerdote, sino que recalcó el carácter de hazaña -“*El fue el que organizo y sostuvo una parte de la beneficencia pública*”- a favor de la República.

Pero “*El Nacional*” fue aún más lejos, llegando incluso a asimilar su carrera a las comúnmente llamadas profesiones liberales:

“Hombres de este temple ya no se encuentran entre nosotros. Podemos presentar altas ilustraciones del foro, de la milicia, de las letras, hombres públicos notables, artistas y profesores consumados, pero hombres de tan alta virtud, poseídos de un amor tan puro por el bien de sus semejantes, y de un desinterés tan noble como el Dr Segurola, son raros, rarísimos entre nosotros, como lo son en todas partes”.

Resulta evidente que el periódico estaría igualando la labor sacerdotal con otras actividades seculares, convirtiendo al clérigo en un ciudadano más de la República a la que se aspiraba. De este modo la omisión de su carrera eclesiástica -y subsidiariamente su equiparación con profesiones liberales- puede ser interpretada como una señal acerca del lugar que debía ocupar el sacerdote en la sociedad.

La esperanza cifrada en un clero más adaptable al modelo republicano de gobierno fue manifestada públicamente por Rivadavia y el ministro de Guerra, Francisco Cruz, cuando brindaron en el banquete de los residentes escoceses por el día de su patrono San Andrés: “*por la simplicidad del clero escocés, el más republicano de Europa*”.³⁴ Carlyle también compartió la afición por el clero presbiteriano, convirtiendo a su fundador, Juan Knox, en uno de sus héroes.³⁵

Sin duda las corrientes más radicalmente igualitarias del catolicismo hicieron de puente para la posibilidad de encontrar el ejemplo concreto en la secta protestante. Pero a estas ideas internas del catolicismo debieron a sumarse, seguramente, los comentarios de varios pensadores políticos defensores y detractores del sistema republicano.

Entre los más acérrimos defensores del republicanismo, Alexis de Toqueville -escritor que, según Myers, sirvió de piedra de toque para todos los debates de la década de 1840, cuyos fragmentos de “*Democracia en América*” aparecieron traducidos, presumiblemente de la mano de Alberdi, en el “*Talismán*”(1840), periódico de Montevideo redactado por los emigrados románticos- definió al cristianismo de los primeros pobladores de Norte América como democrático y republicano, en tanto se había sustraído a toda supremacía religiosa.³⁶

³³ Véase Ludovico García de Loydi, op. cit.

³⁴ El Centinela 8 de diciembre de 1822, citado por Roberto Di Stefano, **El púlpito...**, op. cit., p. 196.

³⁵ Juan Knox, un discípulo de Calvino, había establecido el presbiterianismo en Escocia en 1560. El rasgo más peculiar de esta secta calvinista es justamente su organización igualitaria: sostienen que todos los clérigos son iguales en rango. Las congregaciones de fieles escogen sus propios pastores, sus funcionarios eclesiásticos y diáconos, quienes, con los de las otras congregaciones de fieles del mismo distrito, constituyen el presbiterio. Véase “Diccionario Católico de Información Bíblica y Religiosa”, en Mons. Juan Straubinger, **La Sagrada Biblia**, Chicago, Edición Barsa, The Catholic Press, 1969; Mircea Eliade (editor in Chief), **The Encyclopedia of religion**, New York, Macmillan, 1987, Tomo XI, pp. 525.; Hans J. Hillerbrand, **The Oxford Encyclopedia of the Reformation**, New York, University Press, 1996; Vol.3.

³⁶ “*Al lado de cada religión se encuentra una opinión política que, por afinidad, está junto a ella. (...) La mayor parte de la América inglesa ha sido poblada por hombres que, después de haberse sustraído a la autoridad del papa, no se habían sometido a ninguna supremacía religiosa. Llevaba, pues, al Nuevo Mundo un cristianismo que yo no podría pintar mejor que llamándolo democrático y republicano*”. Alexis de

Entre los detractores, el francés tradicionalista, monárquico y católico Louis-Ambroise de Bonald (1754-1830), estableciendo una relación entre tipo de gobierno y religión, instituyó una analogía entre gobierno democrático y presbiterianismo: "*A este gobierno le corresponde el calvinismo, el puritanismo o el presbiterianismo*", que se correspondía con la observación de Toqueville.³⁷

En tanto entre nuestros compatriotas, cabría sumar al brindis rivadaviano a un Sarmiento, que no escatimó halagos en sus "*Viajes*" para el unitarismo, congregación de raíces presbiterianas.³⁸

Por supuesto sería ingenuo suponer que se estaría pensando en la necesidad de una conversión masiva de la población al protestantismo; al contrario, en el Río de la Plata, algunos de los llamados románticos habían dejado bien claro que era imposible pensar en una solución política para el país sin tener en cuenta su base católica. Pero el tipo de ordenamiento jerárquico y de gobierno que suponía el catolicismo se les antojaba problemático a la hora de compatibilizarlo con el sistema político que diseñaban, mientras el presbiterianismo se les aparecía como el modelo de iglesia ideal para la República. El mismísimo Tocqueville había ofrecido una solución para el dilema planteado mediante un claro alejamiento del clero católico de los asuntos de gobierno.³⁹

El problema sobre la conciliación entre catolicismo y República, presentaba dos aristas por demás entrelazadas: organización interna y relación con el gobierno. Los rivadavianos ya habían afrontado este dilema, buscado una solución a través de la Reforma eclesiástica de 1821, por la cual se promovía una suerte de sacerdote ciudadano dentro del marco de una Iglesia Nacional. Por su parte Echeverría profesaba el anhelo de una Iglesia más democrática, independiente de Roma y un Estado no comprometido que sólo asegurara la libertad religiosa -acercándose a Toqueville y a los dichos del Padre Eusebio Agüero en cuanto a la imposibilidad del Estado para establecer preferencias de cultos-, pero estableciendo una diferencia fundamental con el grupo rivadaviano en cuanto a la relación entre Iglesia y poder político.⁴⁰

Entre los temas debatidos en Santa Fe en 1853, éste fue uno de los que suscitó más polémica, dejando finalmente prescriptos una serie de artículos, un tanto enigmáticos y

Tocqueville, *La democracia en América*, México D. F., FCE, 1996, p. 287. Sobre *El Talismán* véase Jorge Myers, op. cit., p. 419.

³⁷ Louis Ambroise de Bonald, *Teoría del poder político y religioso*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 128.

³⁸ Véase el capítulo sobre Estados Unidos en Domingo F. Sarmiento, *Viajes por Europa, África i América (1845-1847)*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1993.

³⁹ "*Una vez que los sacerdotes son apartados o se apartan del gobierno, como lo hacen en los Estados Unidos, no hay hombres que, por sus creencias, estén más dispuestos que los católicos a trasladar al mundo político la idea de la igualdad de condiciones*". Alexis de Tocqueville, op. cit., p. 288.

⁴⁰ "*Esa rehabilitación* (refiriéndose a las relaciones con Roma) *de la jerarquía eclesiástica era muy notable, después de treinta años de revolución Democrática*". Esteban Echeverría, op. cit., p. 107. ⁴⁰ "*Rechazábamos por ser lógicos, el pleonasma político de la religión del Estado, proclamando en todas nuestras constituciones, como inconciliable y contradictorio con el principio de libertad religiosa. Queríamos la independencia de la sociedad religiosa y por consiguiente de la Iglesia, porque la veíamos instrumento dócil de barbarie y tiranía*". Ibidem, p. 108. "*Reconocida la libertad de conciencia, ninguna religión debe declararse dominante, ni patrocinarse por el Estado: todas igualmente deberán ser respetadas y protegidas, mientras su moral sea pura, y su culto no atente al orden social*", idea esta última sostenida anteriormente por el padre Eusebio Agüero en sus *Instituciones de Derecho Público Eclesiástico* de 1828. Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, op. cit., p. 277.

contradictorios, que posibilitaron diferentes interpretaciones.⁴¹ Una de las exégesis más radicales fue la de “*La Religión*”, que expresaba la animadversión hacia la solución de los sectores más intransigentes dentro del catolicismo, declarando “*el 12 de noviembre de 1853, que se han dejado de lado los sentimientos católicos para ‘herir de muerte a ‘La Religión’ de nuestros padres*”.⁴²

Va de suyo que “*El Nacional*”, al contrario, elevó a Segurola a la categoría de héroe cívico, considerando al ejercicio sacerdotal como una profesión más en el conglomerado de las profesiones liberales y estableciendo a partir de la omisión de su condición de clérigo una posición de falta de compromiso del gobierno frente a la Iglesia como institución. La elección como héroe Republicano estuvo signada por la posibilidad de construcción y enumeración de una serie de actos cívicos arquetípicos -servicios a la patria en aras del bien común- promoviendo en los mismos una veneración semejante a la religiosa.

Entre el párroco y el maestro

*“Podemos decir que lo viejo no muere
hasta que ocurre lo siguiente:
hasta que todo lo bueno que contenía
no se transfunda en lo práctico Nuevo”.*⁴³

La postulación como héroe, formulada por “*El Nacional*”, se basaba obviamente en un repertorio de hazañas:

“tiene la gloria de haber sido el importador y el propagador infatigable de la vacuna entre nosotros, luchando por el espacio de veinte años contra la preocupación y la indolencia. Este solo título bastaría para hacerlo inmortal sino tuviera otros. El fue también por el espacio de muchos años el propagador ilustrado de la instrucción primaria, habiendo llegado a tener a su cargo mas de seis mil educandos, y planteando los métodos de instrucción que han puesto los conocimientos humanos al alcance de las mas pobres inteligencias (...) el fue el que organizó y sostuvo una parte de la beneficencia pública; el fue el que a su costa sostuvo la Casa de Expositos de Buenos Aires cuando el tirano los dejaba perecer de hambre y desnudez, él en fin, el que después de abandonado por la tiranía aquel establecimiento piadoso estendió su mano protectora a los desvalidos”.

Sin lugar a dudas la connotación épica del obituario liberal republicano refiere a una cualidad romántica, pero si a estos hechos se los depura de la adjetivación grandilocuente en las que pretendió inscribirlos “*El Nacional*” en aras de constituirlos en hazañas, es posible descubrir una mera enumeración sustantiva de tareas realizadas por el

⁴¹ Por enigmático, se hace referencia al art. 2 de la Constitución Nacional que dio origen a por lo menos dos interpretaciones: cómo sostén meramente económico, o implica proteger y propagar el catolicismo. Por un tanto contradictorios se hace referencia al resto de los artículos que tratan la cuestión, como ser el derecho de patronato del ejecutivo, el cual puede interpretarse como difícil de conciliar con un Estado que busca no comprometerse con una religión particular.

⁴² Citado en Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, op. cit., p. 278.

⁴³ Thomas Carlyle, op. cit., p. 146.

sacerdote fallecido en cumplimiento de funciones vinculadas al aparato administrativo del gobierno. Purificar el maquillaje del obituario permite pasar de los ideales al pragmatismo político, más afín a las acciones concretas que a las fábulas construidas por el engolamiento retórico.

La labor de la Iglesia en los diferentes sectores de la beneficencia puede remontarse, si se quiere, a través de siglos. Dicha labor empezó a ser programáticamente disputada por el poder secular durante el siglo XVIII. Algunos monarcas europeos, entre ellos los Borbones, incluyeron en su plan de reformas ilustradas una avanzada cierta sobre estas cuestiones, para lo cual se valieron de los clérigos que se transformaron en una suerte de funcionarios.⁴⁴ La función asignada a los sacerdotes en Trento varió entonces diametralmente. El antiguo mandato tridentino, que suponía un sacerdote hierático de altar y eucaristía, fue sustituido, en sintonía con los nuevos vientos de época, por un segundo mandato de mayor atención al mundo terrenal: el púlpito -desde donde los sacerdotes se dirigían a sus feligreses- pasó a ser un lugar privilegiado en las iglesias. Desde allí predicaron en lengua vulgar la moral evangélica considerada Teología aplicable a la vida mundana, pero también transmitieron cuestiones más prosaicas como técnicas agrícolas o rudimentos de higiene, llegando algunos clérigos a practicar ciertas tareas propias de los médicos, como la vacunación. Los sacerdotes se convirtieron así en punta de lanza de una campaña civilizadora que interesaba por demás a los monarcas europeos decididos a hacer llegar su autoridad a los lindes más remotos de sus reinos.

Con esta conversión se iniciaba un proceso que Dominique Julia describió como *"la reutilización de estructuras religiosas al servicio de un orden no determinado ya por ellas y que ha introducido en dichas estructuras su propio criterio"*; el cual supuso la incorporación del aparato institucional eclesiástico al conglomerado institucional civil, todavía precario, para valerse por sí solo.⁴⁵

El desarrollo de esta política llevaría paulatinamente de la incorporación del clero como una suerte de funcionarios del gobierno a fines del siglo XVIII al cuestionamiento sobre la imprescindibilidad de los sacerdotes en tareas civilizatorias a mediados del siglo siguiente. El cuestionamiento sobre la necesidad de los clérigos en dichas funciones se cristalizó en el traspaso del mandato civilizatorio del párroco al maestro de escuela.⁴⁶

En armonía con este proceso, Segurola, miembro del clero secular de Buenos Aires, tomó a su cargo la propagación de la vacuna antivariólica en el Río de la Plata y en los años siguientes a la Revolución de Mayo fue asumiendo distintas ocupaciones, relacionadas con la educación y la beneficencia, muriendo en un momento de inflexión, cuando comenzaba a debatirse el posible reemplazo.

En el marco de la instalación en la sociedad del cuestionamiento sobre la prescindencia del clero en tareas asociadas a la beneficencia -educación, asistencia a enfermos, huérfanos, etc.- se pueden releer algunos pasajes de *"El Nacional"*: la enumeración de sus hazañas -*"importador y propagador infatigable de la vacuna"*, *"el propagador ilustrado de la instrucción primaria"*, *"sostuvo la Casa de Expósitos de Buenos Aires..."*- ausentes de toda referencia a su condición de clérigo -*"El Dr. D.*

⁴⁴ Roberto Di Stefano, *El púlpito...*, op. cit., p. 68.

⁴⁵ Dominique Julia, "El Sacerdote", en Michel Vovelle, *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1992, p. 393.

⁴⁶ Roberto Di Stefano, *El púlpito...*, op. cit., p. 68.

Saturnino Segurola"- y la posterior equiparación de su carrera con profesiones liberales; pudiéndose así aventurar que el autor del obituario en cuestión, tomando parte en el debate, habría buscado presentar a un ciudadano modelo capaz de ocuparse de tareas que todavía el gobierno no podía sobrellevar, a la par que deslizaba la idea de que la condición clerical no era indispensable para la ejecución de las tareas desempeñadas por el sacerdote fallecido. Sin duda el periódico se hacía eco de las ideas liberales en boga que postulaban la separación de la Iglesia de asuntos que consideraban de incumbencia del poder político.

La "*Necrología*" trastocaba así el recuerdo de quién en vida había estado comprometido con una función sacerdotal que ya no interesaba a "*El Nacional*". Hacia mediados del siglo XIX si algo acercaba a Roma y el poder político era justamente el convencimiento en la necesidad de un clero apartado de la sociedad, especializado en la atención del alma de sus feligreses. Es presumiblemente ésta una de las razones de peso que actuaron a la hora de prescindir de categorías alusivas a la condición eclesiástica de Segurola.

Entonces, si sumado a lo expuesto, se remite a la caracterización ideológica del diario propuesta por Hilda Sábato, para la cual "*El Nacional*", junto a "*La Tribuna*", "*La Nación Argentina*", "*La Nación*", "*La República*" y "*La Prensa*", expresó a través de sus páginas "*un liberalismo indiscutido, aunque con variantes más o menos republicanas, más o menos anticlericales, según los casos y según los momentos*"; es posible concluir que en el obituario analizado primaron las virtudes republicanas en consorcio con los ideales liberales.⁴⁷ Estas ideas se vieron reflejadas en la construcción, de tintes heroicos, de que fue objeto la vida de Saturnino Segurola, en el afán del diario por presentarlo como modelo de ciudadano.

Un clérigo modelo para una Iglesia poderosa según "*La Religión*"

"Entendían que la Iglesia tenía casi por derecho natural, una vocación de conducción sobre todo en algunos temas, como educación, ética social y moral de las costumbres". Ahora, en cambio, los prelados consideran que la Iglesia debe ejercer sus funciones con una prudente distancia del poder político".⁴⁸

El obituario católico publicado en "*La Religión*" días después del artículo de "*El Nacional*", no negó la posibilidad de erigir a Segurola en paradigma de comportamiento cívico, sino que le sumó una nueva dignidad, introduciendo la carrera eclesiástica que "*El Nacional*" omitió, a fin de establecer un diálogo entre el buen sacerdote y el ciudadano ejemplar.

La relación entre sacerdote y ciudadano que formuló "*La Religión*" supuso un binomio de entidades autónomas y complementarias:

"Así como patriota, también como sacerdote tiene la gloria de haber atravesado difíciles situaciones

⁴⁷ Hilda Sábato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 64.

⁴⁸ Silvia Premat, "El nuevo perfil de la Iglesia Argentina", en *La Nación*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 2005, p. 22.

sin haber faltado a su ministerio, de modo que hoy al morir deja a todos un modelo digno de imitación”.

El periódico católico definió a Segurola como *sacerdote*: “*modesto y humilde*”, y como *patriota*: “*noble y desinteresado*”, señalando diferencias en las que el periódico liberal no había reparado, pues éste había afirmado la heroicidad de Segurola en las siguientes cualidades: “*Perseverante, modesto, desinteresado y virtuoso*”. De la simple compulsión surge que “*La Religión*”, a diferencia de “*El Nacional*”, distribuyó las virtudes entre el sacerdote y el patriota.

La modestia y la humildad exaltadas por Aneiros remiten a cualidades que debía ejercitar un buen sacerdote. Era a partir de la práctica de la modestia que los clérigos podían pasar por el mundo sin mirarlo, sin mezclarse en sus tentaciones, pero no olvidando que eran ejemplo de comportamiento cristiano: “*si el sacerdote no debe fijar jamás los ojos en el mundo donde corre peligro de perderse, tampoco debe, por otra parte, perder nunca de vista que es observado por él*”.⁴⁹ Complementariamente, la humildad hacía hincapié en la capacidad de limar las asperezas de la personalidad: “*la eliminación de cualquier rasgo propio, unida a la separación del mundo, es a los ojos de los educadores del clero moderno la condición de visibilidad del sacerdocio cristico*”.⁵⁰ A partir del ejercicio de estas cualidades -modestia y humildad- se procuraba construir *hombres sagrados*, conscientes de la temporalidad de su estadía en este mundo.

Mientras el tinte de hazaña que contiene la enumeración de actividades de Segurola en “*El Nacional*” supone una connotación épica, el mérito -“*en fuerza de sus meritos se ha hecho acreedor a los mayores elogios*”- al que refiere “*La Religión*”, entendido como resultado de una acción, pretende valorar el esfuerzo perseverante en aras de un objetivo.⁵¹ Así Aneiros despojaba al obituario de la grandilocuencia del periódico liberal, y el personaje, abandonaba la galería de los grandes héroes, para humanizarse, presentándose con la humildad requerida por un servidor de Cristo.

Las cualidades que lo hacían un buen patriota: nobleza y desinterés, virtudes del buen republicano, habían traslucido en la vida de Segurola, según el obituario católico, a partir de su actividad pública: Vacuna, Casa de Expósitos, Regidor del Cabildo, Bibliotecario Público y Inspector General de Escuelas; tareas que luego “*La Religión*” distingue de las estrictamente eclesiásticas:

“Como sacerdote, no es poca gloria para él poder presentarse hoy como modelo á todos los eclesiásticos. Fue ordenado Presbítero en Chile en el año 1799, habiendo recibido el año anterior el Título de Doctor en aquella Universidad. Mereció el nombramiento de subdiacono en el Senado del Clero el año 28, el de diacono en el 31, el de quinta dignidad el 34, para ocupar la 3ª silla el 40, la primera el 52 y fue jubilado en el mismo año. El Dr Segurola siempre fue sacerdote ejemplar, modesto y humilde. No ascendió por medios indignos ni busco el favor de los poderosos, ni temió sus desprecios”.

Ahora bien, el ejercicio de las cualidades cívicas y el de las eclesiásticas habían

⁴⁹ Dominique Julia, op. cit., p. 381 y ss.

⁵⁰ Ibidem, p. 383.

⁵¹ Véase “mérito”, en Sapiens. Enciclopedia ilustrada de la Lengua Castellana, Buenos Aires, Sopena, 1969.

tenido el mismo resultado: una carrera ejemplar basada en no haberse dejado engeguer "por el brillo del poder", ni moverse "al favor de las circunstancias" como verdadero patriota y no haber ascendido "por medios indignos", ni buscado "el favor de los poderosos", ni temido "sus desprecios" como sacerdote modelo. Según Natalio Botana, la ambición era una de las pasiones negativas a las que el obrar virtuoso ponía coto en la república democrática y el cura modelo de "La Religión" debía ser el que ocupara su lugar dentro de una jerarquía que sólo debía obediencia a Roma.⁵² Así el patriota y el sacerdote se encontraban en el ejercicio de las mismas virtudes pero desarrolladas en escenarios diferentes: Roma y la República.

La cuestión quedaría zanjada si se analizan los "meritos" en función de los cuales Segurola podía ser llamado "un verdadero patriota" y por los cuales había "desempeñado muy honrosos destinos", "meritos" que no eran otros que el cumplimiento de los ideales evangélicos: "en mérito de su caridad ha desempeñado", sustrayéndole la calidad de apóstol del progreso humano otorgada por "El Nacional". De esta manera Aneiros equiparó al patriota con el buen cristiano: el buen ciudadano, el que ejerce con probidad las cuestiones que atañen a la vida cívica, podía bien ser considerado un patriota y para lograrlo bastaba seguir los evangelios. Para el periódico católico, por lo tanto, la fórmula era patriota=ciudadano=católico. Todo buen católico sería por propiedad transitiva un buen ciudadano, o para ser un buen ciudadano era preciso inscribirse en los cánones del cristianismo. De este axioma se deriva la importancia del sacerdote en la sociedad, y el periódico católico se acercó al obituario liberal republicano, para el cual, según se analizó, las virtudes del buen ciudadano no eran otras que las enseñadas por la moral evangélica.

Pero "La Religión" establecía una diferencia entre patriota y sacerdote al punto de que la tensión del obituario católico discurre entre estos dos conceptos, que considera diferenciables pero compatibles, aunque jerarquizados: Segurola ante todo había sido un "respetable eclesiástico".

La elección de patriota como un factor del binomio, puede ser entendida en función del interés de Aneiros en construir una Iglesia Argentina -producto de su ecuación: ciudadano= patriota= católico-, símbolo de la existencia de una Nación católica. Unas de las imágenes palpables de esta Iglesia Argentina fue la "Primera Peregrinación General de Católicos Argentinos al Santuario de Lujan", promovida por el mismísimo Aneiros, acompañada por la posterior entronización de la Virgen de Luján; y su resolución física más espectacular la encontraría el futuro Arzobispo de Buenos Aires en la erección de la Basílica de Lujan.⁵³

Así como "El Nacional" había instituido en héroe a Segurola en función de sus compromisos cívicos en aras de nominarlo para una galería de grandes personajes donde los argentinos pudieran espejarse y reconocerse, "La Religión" cambiándole el sentido lo constituye en referente de la existencia de una Argentina Católica. El interés de Aneiros en este sentido habría estado determinado, en relación a la política interna, por la necesidad de presentar una Argentina= Católica frente a un poder político comprometido en establecer

⁵² Natalio Botana, *La tradición republicana...*, op. cit., p. 31.

⁵³ Jesús María Binetti, Dedier Norberto Marquiegui, *Lapides Clamabunt (Las Piedras hablarán): El debate sobre la construcción de la Basílica de Nuestra Señora de Luján como emergente material para el surgimiento de una Iglesia Nacional Argentina, 1884-1889*, (mimeo), trabajo presentado en Instituto Ravignani, octubre de 2005.

una prudente distancia con la Iglesia; y en cuanto a las relaciones con Roma, resultaba también de singular importancia contar con una amplia comunidad católica, en aras de lograr un lugar de relevancia en la política Vaticana.

Estableciendo una atinada distancia con el obituario de Mitre, Aneiros optó por el término caridad, de una connotación teológica católica inobjetable frente al término "*beneficencia pública*" empleado unos días antes por el obituario liberal.

Por otra parte, las disputas por la supremacía entre poder civil y religioso se dejan entrever disfrazadas en el convite a las exequias de Segurola: "*La Religión*", invitó a las exequias del difunto que se celebraron en la Catedral de Buenos Aires el 10 de mayo de 1854, en los siguientes términos: "*es de esperar que un numeroso y distinguido concurso (...) tribute en ese día el homenaje de respeto y gratitud que se merece tan respetable eclesiástico*". Mientras "*El Nacional*" consideró la ocasión como asunto del gobierno: "*Bien merece los homenajes de dolor que el gobierno tributa a su memoria, por que a esos homenajes públicos, se han de reunir las ofrendas silenciosas de millares de personas*". Para el periódico católico se trataba de la despedida de uno de los más exiguos representantes de la jerarquía eclesiástica católica; en contrapartida "*El Nacional*" homenajeaba a su héroe cívico.

Aneiros formó parte de la corriente dentro de la Iglesia conocida como intransigente, que se había ido fortaleciendo desde los años rosistas: férreos defensores de la autoridad romana, querían conformar un clero obediente al Papa que se constituyera en entidad separada del cuerpo social y del poder político.⁵⁴ Evidentemente, el hincapié puesto por "*La Religión*" en diferenciar al Segurola eclesiástico, como entidad autónoma, del Segurola patriota discrepaba con la resolución de "*El Nacional*" de evocar a un Segurola ciudadano, detrás del cual se vislumbra un afán republicano, de igualdad, en clara oposición al interés de sacralización, y por ende de diferenciación del clero del resto de la sociedad, sostenido por Aneiros.

El poder político, según la postura intransigente, debía estar subordinado al poder religioso, protegerlo y garantizarle la homogeneidad de culto; en contrapartida, la Iglesia aseguraría el mantenimiento del orden social. En sintonía con estas ideas, "*La Religión*", había inclinado claramente la balanza del binomio patriota/sacerdote a favor del eclesiástico. La ecuación del obituario católico: patriota=ciudadano=católico afirmaba la existencia de una Argentina Católica, sosteniendo así una posición irreconciliable con el lugar privilegiado otorgado al poder civil en "*El Nacional*".

De este modo puede entenderse la elección de Segurola como personaje ejemplar, pues éste permitió a Aneiros frente al poder político, la defensa de algunos reductos tradicionales de poder eclesiástico -los vinculados a la beneficencia- y facilitó una oportunidad para la defensa del catolicismo -en rigor de sus autoridades- ante la postura cuasi impía de "*El Nacional*", que pareció haber olvidado la condición de sacerdote del difunto. Desde el título, el lector atento de los dos obituarios, se topa con una diferencia irreductible. Para "*La Religión*" se trataba de: "*El canónigo PDR D. Saturnino Segurola*", mientras "*El Nacional*" tituló su necrología: "*Dr. D. Saturnino Segurola*". En franca discrepancia con el periódico liberal, que olvidó la sotana del fallecido, "*La Religión*" enfatizó su condición de clérigo.

⁵⁴ Roberto Di Stefano, *El púlpito...*, op. cit., pp. 167-171.

Un Sacerdote ejemplar

*“El clero, conducido por Roma, es el único que sabe hablarle al pueblo”.*⁵⁵

A la hora de desentrañar el modelo de sacerdote propuesto por *“La Religión”*, el lector atento se topa con la misma tensión marcada entre el cura ilustrado y el romántico con la que es posible imaginar se debatió en vida el mismo Seguro: sus años de vida -1776-1854- coinciden con el desarrollo de los dos horizontes, y sus reflexiones acerca de la *Enciclopedia* -obra paradigmática de la ilustración francesa-, mediadas por la lectura del célebre romántico francés, René de Chateaubriand, demuestran esta dualidad.⁵⁶

Aneiros asocio el sacerdote fallecido a los clérigos ilustrados de la última generación virreinal: *“Él pertenece a ese famoso clero antiguo de Buenos Aires del que nos quedan muy pocos individuos”*, uniéndose en la añoranza a su por entonces superior, Monseñor Escalada, quién también en 1854, ante la falta de clérigos e idoneidad entre los pocos con los que se contaba para los cargos, recordó con nostalgia al *“antiguo y respetable clero de esta iglesia”*.⁵⁷ Este recuerdo positivo del clero se afirmaba sobre una realidad irrecusable: a fines del siglo XVIII no sólo habían aumentado las ordenaciones, sino que muchos eclesiásticos habían ostentado grados de Licenciado o Doctor.⁵⁸ Aunque también la evocación melancólica del clero ilustrado puede ser interpretada como un recurso romántico de construcción de un pasado mítico, del que se valiera el obituario católico.⁵⁹

Así, sobre esta pertenencia ilustrada, *“La Religión”* esbozó la vida de un romántico -al igual que había hecho *“El Nacional”*- subrayando la lucha solitaria que habría sostenido el clérigo, con las armas que disponía -*“con sus luces, con sus bienes y con su contracción”*-, contra la ignorancia y sin el apoyo del poder político, *“luchando no solo con las preocupaciones del vulgo, sino con la injusticia é ingratitud del poder”*.

Según P. Boutry, estudioso del clero romántico europeo, una de las características del cura de esta época, es la vocación producto de una decisión propia, que se afirma por la adhesión a una misión, diferenciándose cualitativamente del clero ilustrado para el cual la “vocación”, no era necesariamente lo primordial a la hora de ordenarse.⁶⁰

“Luego de ordenado sirvió en calidad de teniente en la parroquia del Socorro por espacio de diez años, con sumo aprecio de aquella feligresía, por la generosidad con que un eclesiástico de bienestar había querido servir una parroquia tan pobre como también por su celo y caridad especialmente con los enfermos.”

⁵⁵ Stendhal, **Rojo y Negro**, Barcelona, Ediciones B, 1995, p. 412.

⁵⁶ “Enciclopedia: la llama a esta obra el autor del genio del cristianismo Chateaubriand Babel des sciences et de la raison. Véase la crítica de Voltaire sobre la obra Enciclopedia que se halla en el tomo 9 de la obra citada de Chateaubriand pg 1. No esta metodica”. A.G.N. MBN leg 53.

⁵⁷ Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, op. cit., pp. 289-290.

⁵⁸ Roberto Di Stefano, **El púlpito....**, op. cit., pp. 61-62.

⁵⁹ Philippe Boutry, op. cit., p. 220. Roberto Di Stefano, **El púlpito....**, pp. 61-62

⁶⁰ Ibidem, p. 219.

A partir de estas palabras Aneiros no sólo trazaría los elementos esenciales de un personaje romántico, sino que lo propondría como modelo, en el afán de erradicar una realidad que aquejaba a Buenos Aires desde antiguo: la dificultad de encontrar sacerdotes para parroquias pobres.

Seguramente el Socorro a comienzos del siglo XIX no era tan pobre como algunas problemáticas zonas de la campaña; al fin y al cabo si bien correspondía al llamado barrio recio, uno de los más pobres de la ciudad, quedaba dentro de los límites de la misma, lo que permitía a sus sacerdotes cobrar derechos de estola más o menos relevantes y a Segurola, el Socorro le brindó lo que un beneficio de patronato laico le hubiese vedado: su primer espacio de poder, a partir de la conversión del Socorro en faro civilizatorio, propagador de la vacuna antivariólica.⁶¹ Pero para edificación del clero porteño, la resolución de “*La Religión*” ganaba en pedagogía al presentar a “*un eclesiástico de bienestar*” atendiendo una parroquia pobre.

Es cierto que Aneiros buscó frases menos poéticas que Mitre para exaltar la capacidad del fallecido de mantenerse al margen de las luchas partidarias, pero sin desmedro de la prosa, fue más contundente:

“Su memoria es la de un verdadero patriota noble y desinteresado que no por el brillo del poder, ni al favor de circunstancias, sino en fuerza de sus méritos se ha hecho acreedor a los mayores elogios (...) en merito de su caridad ha desempeñado siempre muy honrosos destinos en todas las épocas y a pesar de nuestras variaciones políticas, cosa que con muy raras personas ha sucedido...ha muerto, sin el odio de los partidos, sin tener parte en las disensiones del país, con un nombre sin mancha, reconocido unánimemente por un verdadero patriota”

Aneiros, menos preocupado, por los problemas acarreados por la lucha facciosa que por la imagen pretendida para su Iglesia, encontró en el pasado el perfil del cura despolitizado. Segurola en su obituario había conseguido mantenerse a justa distancia, sin dejarse tentar por premios terrenales, respondiendo al ideal de clérigo propuesto en los seminarios del siglo XVIII, capaz de reprimir todas las pasiones profanas y conservándose a prudente distancia del mundo.⁶² De este modo Aneiros proponía la misma línea de conducta ejemplar que “*El Nacional*” -el atinado distanciamiento de la política- pero cambiándole su fin último.

Se trataba, en realidad, de reavivar en la imaginación de sus correligionarios las enseñanzas del seminario a partir de presentar su cumplimento en circunstancias por lo demás adversas, que por entonces se encontraban frescas en la memoria de la mayoría y que tantas críticas habían suscitado.

Pero también el prudente distanciamiento de la política, formaba parte del conjunto de ítems que suponían el disciplinamiento del clero, cobrando éste un significado mayor en momentos que las relaciones con Roma se vigorizaban.⁶³

Con la Revolución, se habían interrumpido por más de veinte años las relaciones con el Papado las cuales, para no faltar a la verdad, habían sido de lo más distantes en el Río de la Plata. La distancia había estado condicionada por el ejercicio del Patronato Real

⁶¹ Por lo general los hijos de familias pudientes se ordenaban a título de capellanías, propiedad de la familia o de algún conocido. Roberto Di Stefano, *El púlpito...*, op. cit., pp. 43-59.

⁶² Véase Dominique Julia, op. cit.

⁶³ Sobre la situación de la iglesia véase Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, op. cit., pp. 204-205.

y en la práctica por los largos períodos de Sede Vacante, que ayudaron conformar un clero celoso de su autonomía. La incomunicación con la Santa Sede devino en un tira y afloje entre sectores encontrados: unos, defensores de una autonomía sustentada a partir de un aparato teórico de evidente filiación jansenista y galicana; otros, más radicales, intransigentes en su apego a Roma; y un sector liberal que se fue consolidando para mediados del siglo, decidido defensor de la diferenciación entre fiel y ciudadano. Este enfrentamiento se cristalizó en los debates que culminaron con la Reforma eclesiástica Rivadaviana, durante los cuales venció el grupo de los republicanos galicanos. La reforma brindó a las iglesias rioplatenses un primer ordenamiento jurídico, por el cual la Iglesia se convirtió en una especie de ministerio del gobierno. Pero los vencedores de primera hora, pronto fueron vencidos y desplazados por los intransigentes que lograron el apoyo de Rosas.

El proceso de romanización comenzó por tanto tímidamente a fines de la década del '20, para ir fortaleciéndose en los siguientes años. A mediados del siglo XIX, durante la última etapa de avanzada romana que culminaría con la erección de Buenos Aires en Arquidiócesis primada, Aneiros, junto a su antecesor en el Obispado, Mariano Escalada, fueron sus más fieles propulsores: *"Escalada y Aneiros, juntos en esta orientación, encararán la formación de un clero fiel al Papa y a sus obispos"*.⁶⁴

Segurolo, que había sido capaz de mantenerse en la actividad pública -*"en todas las épocas y a pesar de nuestras variaciones políticas"*- durante la problemática primera mitad del siglo XIX, resultaba funcional al nuevo modelo de Iglesia institucionalizada. En adelante sus integrantes sólo deberían responder al Papa, o a sus representantes en orden jerárquico, lo cual distaba mucho del panorama precedente, caracterizado más por el indisciplinamiento y la politización.

Así ambos periódicos predicaban el alejamiento de los conflictos políticos como comportamiento virtuoso tanto en el sacerdote como en el ciudadano ejemplar, pero ordenado a la vida pública armónica en *"El Nacional"* y a la vida eclesiástica disciplinada en *"La Religión"*.

En definitiva, *"La Religión"* construyó un sacerdote modelo que combinaba las luces de la ilustración con el espíritu romántico frente a la vida, resaltando aquellos aspectos que interesaban a la hora de conformar un clero obediente a Roma y su jerarquía.

Conclusión

El análisis de las loas fúnebres permitió disertar sobre las ideas en las que se habrían sostenido ambas prosas: de una intransigencia católica incuestionable *"La Religión"*, y de un republicanismo matizado de liberalismo *"El Nacional"*. Posiciones enfrentadas, en líneas generales, en cuanto a la relación que se correspondía establecer entre el poder político y el religioso, pero de acuerdo en las cualidades humanas que se debían ejercitar.

En alguna medida este trabajo trató sobre una disputa entre el poder civil y el religioso por adueñarse de la memoria de un individuo que prometía la edificación de un arquetipo de conducta, de un tipo humano al que aspiraba representar cada uno de los

⁶⁴ Héctor José Tanzi, op. cit., p.11.

poderes enfrentados. Las maneras del buen clérigo y el ciudadano republicano ejemplar resultaron equiparables, conformando un punto de acuerdo fundamental entre ambas visiones, en pos de erigir modelos humanos homologables pero que responden a objetivos diferentes: la construcción de una sociedad secularizada uno y la defensa de una Nación católica el otro.

El escenario político donde ejerció sus virtudes el personaje en cuestión fue la República desentendida de las cuestiones religiosas para "*El Nacional*"; y el de un poder político subordinado a las instituciones religiosas católicas y por ende a Roma en "*La Religión*".

Del estudio de estos textos se desprende, paradójicamente, un modelo romántico común, constituyéndose el sacerdote en un referente funcional para ambos proyectos. Segurola brindaba la alternativa de un prototipo humano que trabajó para la construcción de un ideal, sobreponiéndose a las disidencias políticas: para Mitre, un ideal de Nación; para Aneiros, de Iglesia institucionalizada.

Pese al enfrentamiento advertido en el republicanismo esgrimido por "*El Nacional*", que buscando igualar a partir de una única instancia superior que es la República rompe toda posibilidad de diálogo con la postura intransigente, para la cual Roma es la única instancia superior admisible; los matices diferenciados en el texto como resultado de postulados liberales acercan ambas posturas en el afán de un clero constituido en entidad autónoma del poder político. No obstante, estos postulados fueron visualizados como una amenaza para la intransigencia católica, para la cual la autonomía no implicaba la pérdida de sus reductos tradicionales de poder y menos el desentendimiento y en la práctica la subordinación que profesaba el liberalismo.

Bien se podría afirmar que ambos artículos estuvieron dirigidos, al menos, a despertar ciertos ideales distintos en el lector. Mitre, los del ciudadano "*perseverante, modesto, desinteresado y virtuoso*"; Aneiros, el de confianza y admiración por el clero en la población en general, aunque buena parte de su artículo estuvo dirigido a sus correligionarios a fin de ilustrar un modelo de eclesiástico.

Huelga aclarar que la disociación de funciones eclesiásticas y cívicas, establecida literalmente por "*La Religión*" y por omisión en "*El Nacional*", remiten sin duda al proceso de secularización que se había ido consolidando durante los años de vida de Saturnino Segurola, pero esta diferenciación presumiblemente no atormentó al clérigo, por cuanto no debió visualizarlas como problemáticas, aunque para el momento de su muerte ya se habían convertido en cuestión de debate.

Así, Saturnino Segurola se convirtió en prenda de unión, y desde posiciones supuestamente encontradas Mitre y Aneiros fabricaron, desde la factoría liberal republicana el primero y eclesiástica el segundo, las primeras páginas de un mito.

.....

.....

.....